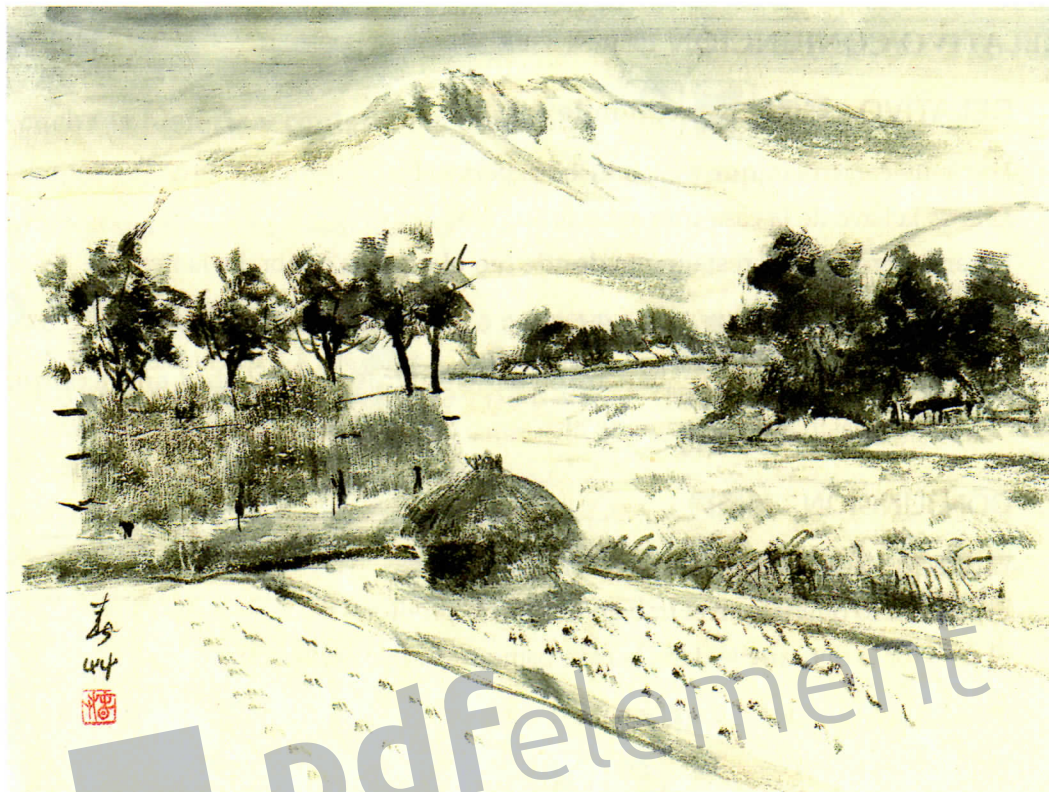


UNA MAGNÍFICA COSECHA



八海山 (新潟県)



Esta historia ocurrió en una zona de la prefectura de Niigata que **se** llama Uonuma. **Se** dice que el mejor arroz de Japón **se** cultiva allí. En Uonuma vivía un campesino que desde joven cultivaba el arroz cada año.

Un día de primavera, el campesino estaba preparando el campo para plantar los brotes de arroz e iba murmurando en voz alta:

—¿Por qué siempre cada año hay algún inconveniente cuando cultivamos el arroz? O nieva demasiado en invierno y hay que quitar la nieve para plantar los brotes, o nieva demasiado poco y falta agua. Años que casi no llueve y otros que no para de llover. Esto sin contar los años que cuando ya está casi lista la cosecha, llega un tifón y hace doblar todas las espigas y hay que enderezarlas una por una para que no **se** pierda la cosecha. ¿Por qué cada año tiene que fastidiarnos alguna contrariedad?...—Y seguía protestando.

Escuchó Dios las murmuraciones del campesino y pensó concederle lo que deseaba su corazón.

—Este año, te dejo decidir a ti el tiempo —le dijo.

El campesino quedó muy sorprendido de que Dios le concediera ese deseo suyo, pero la verdad es que ya hacía muchos años que precisamente, era eso lo que quería. Tan sólo imaginárselo **se** puso contentísimo y frotándose **se** las manos dijo:

—¡La cosecha de este año, sin contrariedades, será magnífica!

En primer lugar, la nieve **se** deshizo en el momento apropiado.

En los días siguientes hizo calor durante la jornada pero refrescó mucho por la noche. Llovió lo justo, ni mucho ni poco. Por supuesto el día de la floración, en esas apenas dos horas, hizo un sol radiante.

El campesino miraba sus campos y estaba orgulloso. Jamás había visto tanta abundancia.

Se acercaba el tiempo de la recolección y cuando cortó la entrada del agua para que el campo permaneciera seco, siguieron los días despejados y apenas llovió. También aquel año todos los tifones pasaron lejos y no hubo de qué preocuparse. Quedaba tan sólo, segar y secar el arroz y luego a disfrutar.

Este año los beneficios serían abundantes y lo que es más, todos sus compañeros de Uonuma le admirarían al saber que había sido él el que había pensado el tiempo de aquel año.

Llegó pues el momento de poner el arroz en sacos, pesarlos y mandar una muestra para tasar la calidad.

La sorpresa fue doble. Primero, el peso de los sacos, era ridículo, la mitad de lo normal y segundo, la nota de calidad, bajísima.

—¿Pero qué ha pasado...? ¡No lo entiendo! ¡Si todo ha ido bien! —iba repitiéndose **se** el campesino.

Justo cuando estaba diciendo estas cosas, intervino Dios:

—Te has olvidado una cosa muy importante. ¿Sabes cuál es?

El campesino **se** quedó sin habla, no sabía qué contestar.

Le dijo Dios con mucha paciencia:

—Lo que hace bueno al arroz son las contrariedades. Sin ningún inconveniente los granos de arroz **se** hacen muy grandes por fuera pero sin ninguna consistencia por dentro y con apenas sabor. Y además esas contrariedades propician que los campesinos **se** ayuden entre ellos.

—¿A que no habías pensado en eso?

Y el campesino comprendió en su corazón que Dios tenía razón.

